

historia, sino sólo determinar claramente el carácter de sus evoluciones. También en Filosofía tiene capital interés la *forma*, no, á la verdad, en el sentido de forma literaria, sino entendida como una particular manera de exponer y sacar á luz el contenido de la conciencia: como una particular posición del filósofo respecto de la realidad incógnita: como una singular armonía dialéctica que rige todas las partes de un sistema. Las ideas son de todo el mundo, ó más bien, no son de nadie: en el pensador más original se pueden ir contando uno por uno los hilos del telar ajeno que han ido entrando en la trama: la originalidad sólo en la *forma* reside. Pues bien; es cosa de toda evidencia que la *forma* del pensar filosófico ha cambiado esencialmente desde los días de Kant, aunque los términos del problema metafísico continúen los mismos y no lleven traza de variar. El mismo principio fundamental de la crítica Kantiana, es á saber, la distinción entre el *fenómeno* y el *noumeno*, estaba dado en la filosofía platónica, y había sido desarrollado con sentido crítico, ó más bien, escéptico, por Arcesilao y por la Academia Nueva, que á su vez dejaron profundísima huella en la mente de algunos filósofos nuestros del siglo *xvi*, tales como Luis Vives, el médico Francisco Sánchez y el doctísimo Pedro de Valencia. Y sin embargo, ¡qué abismo

hay entre el dogmatismo platónico y el criticismo Kantiano, y aun el de todos los pensadores modernos que á más ó menos distancia le prepararon! Por otra parte, las conclusiones escépticas lo mismo pueden nacer de un exceso de idealismo que de un exceso de empirismo: David Hume las extrajo de la filosofía sensualista de su tiempo, y nadie influyó más poderosamente que Hume en el pensamiento de Kant, hasta como estímulo de contradicción dialéctica.

Con un poco de ingenio y de buena voluntad, es todavía más fácil encontrar un fondo platónico en todas las manifestaciones de la doctrina de lo absoluto ó filosofía trascendental, sin que para lograrlo sea necesario convertir á Platón en secuaz del monismo idealista, cerrando los ojos al espiritualismo y á la dualidad que en su sistema campean (en medio de sombras y de contradicciones) y que le han valido tantas simpatías de parte de los teólogos cristianos. Es claro que Schelling y Hegel *platonizan* cuando afirman la identidad de las leyes de lo racional y de lo real, y reducen á una sola la dialéctica del Espíritu y la dialéctica de la Naturaleza. Hasta el mismo principio de la identidad ó indiferencia de los contrarios parece enunciado en el *Parménides*. Pero también es principio no menos esencial de la doctrina hegeliana el *Werden* ó *devenir*,

y éste ciertamente no pertenece á Platón, sino á Heráclito, interpretado de una manera amplia y metafísica. El mundo de la dialéctica platónica no es el mundo del *Werden* ó de la evolución: es el mundo de las ideas eternas é inmutables que no *se hacen*, sino que *son*, con perfecta y plenísima realidad. Esta sola distinción abre un abismo entre la dialéctica de Platón y la de Hegel. Se ha dicho que el hegelianismo era un platonismo inmanente, pero la *idea* platónica, aunque (siguiendo el profundísimo sentir de nuestro Fox Morcillo) la supongamos inherente en las cosas como la forma aristotélica, nunca perderá su carácter de causa ejemplar, ni estará sujeta á las leyes de la generación y del movimiento. Todo lo imperfecto, todo lo mudable, todo lo relativo y contradictorio es ajeno del purísimo ser de la *idea* platónica, que jamás se digna descender de su solio para lanzarse en el irrestañable torrente del heraclitismo. En este punto, Schopenhauer, inspirado por su odio feroz contra Hegel, se ha mostrado mucho más fiel al verdadero sentido platónico, aun absorbiendo la teoría de las ideas en su teoría de la voluntad radical. La idea platónica para Schopenhauer no es más que *representación* de la voluntad, pero representación independiente del tiempo y del espacio, y anterior á la misma ley de causalidad que Schopenhauer llama

principio de la razón suficiente y considera como forma general de todo conocimiento subjetivo. El mundo de la voluntad y el mundo de los fenómenos están enlazados en la metafísica de Schopenhauer por una cadena de ideas que en toda naturaleza inorgánica y orgánica se manifiestan como especies predeterminadas, como propiedades primordiales, como formas inmutables exentas de pluralidad, como prototipos de innumerables individuos, como símbolos de las especies y como primer elemento armónico y estético en el caos de la creación. Pero aquí se detienen las analogías entre Platón y Schopenhauer. Todo lo restante de la filosofía pesimista puede distribuirse entre Kant y Buda. Su *metafísica de las costumbres*, su ascetismo enervante como el opio, no fué, ciertamente, engendrado en aquellos sagrados bosquecillos donde filosofaba Platón «á orillas del Iliso, á la sombra del plátano, sobre la blanda hierba, lugar acomodado para juegos de doncellas, santuario de las Ninfas y del Aquelóo, donde espira fresco viento y resuena el estivo coro de las cigarras» (1). Fué menester que el pensamiento griego, ya agotado y decrepito, plantase sus tiendas á la escasa sombra de las palmas de Alejandría, para que se dejase contagiar y

(1) Véase el principio del *Phedro*.

rendir por esa p rfida languidez contemplativa, que por medio del Egipto le inoculó el extremo Oriente, donde una naturaleza exuberante y despótica, engendradora de ponzo as y de monstruos, aniquila la generosa fibra del esfuerzo individual, y disipa, como entre los vapores de un perpetuo sueño, la noción de la integridad de la conciencia.

Pero no conviene extremar relaciones y semejanzas, ni decorar con nombres antiguos y exóticos desfallecimientos y flaquezas bien modernas. Cada nuevo sistema es un organismo nuevo, y como tal debe estudiarse, aceptando integralmente la historia y lleg ndonos   ella con espíritu desapasionado. De las traducciones, aun de las mejores, dijo Cervantes que eran tapices vueltos del revés; pero hay algo peor que las traducciones de palabras, y son las traducciones de ideas y sistemas ajenos, á nuestro propio sistema   ideas. Por eso los grandes filósofos han solido ser tan malos historiadores de la filosofía, al paso que esta historia ha debido servicios eminentes   espíritus relativamente medianos y modestos, como Brucker, como Tennemann, como Ritter. B stale al historiador de la filosofía comprender lo que expone: con esto se librar  de la peligrosa tentación de rehacerlo. Pero no hay cosa más rara en el mundo que este género de comprensión, el cual en cierto altísimo grado viene

  constituir una verdadera filosofía, un cierto modo de pensar *histórico*, que los metaf sicos puros desde ar n cuanto quieran, pero que,   despecho de su aparente fragilidad, no deja de ser la piedra en que suelen romperse y estrellarse los más presuntuosos dogmatismos. La historia es la filosofía de lo relativo y de lo mudable, tan fecunda en enseñanzas y tan legítima dentro de su esfera como la misma filosofía de lo absoluto, y mucho menos expuesta que ella   temerarios *apriorismos*. Exponer con intento polémico una doctrina que ha pasado   la historia y que no nos agita ya con el calor de las pasiones contemporáneas, es procedimiento anticuado y risible. Estudiemos desapasionadamente lo que fué, y cuantas menos anticipaciones llevemos   tal estudio y menos nos preocupemos de su aplicación inmediata, más luces encontraremos en él para columbrar lo que será   debe ser. Al que con verdadera vocación y entendimiento sano emprenda este viril ejercicio de la historia por la historia misma, todo lo demás le será dado por añadidura, y cuando más envuelto parezca en el minucioso y deslucido estudio de los detalles, se abrirán de súbito sus ojos y verá surgir, de las rotas entrañas de la historia, el radiante sol de la metafísica, cuya visión es la recompensa de todos los grandes esfuerzos del espíritu. Por todas partes se camina   ella, y en

todas partes se la encuentra al fin de la jornada. Quizá es una aspiración sublime más que una ciencia, pero sin esa aspiración, tan indestructible como las leyes de nuestro entendimiento, no hay vida científica que valga la pena de ser vivida.

Al desarrollar ante vosotros en breve cuadro, no exento sin duda de errores y omisiones, las vicisitudes de la filosofía platónica en nuestro suelo, no he pretendido hacer obra dogmática, sino obra de expositor, obra histórica. Ni soy ni dejo de ser platónico: ni soy ni dejo de ser aristotélico. Creo que en el pensamiento de Platón, como en el de Aristóteles, hay principios de eterna verdad, elementos integrantes de todo pensar humano, algo que no negará ninguna metafísica futura; pero si estos principios han de tener alguna eficacia y virtualidad, será preciso que cada pensador los vuelva á pensar y encontrar por sí mismo. Y entonces no serán ya de Platón ni de Aristóteles, sino del nuevo filósofo que los descubra y en sí propio los reconozca. Todo organismo filosófico es una forma histórica que el contenido de la conciencia va tomando según las condiciones de tiempo y de raza. Estas condiciones ni se imponen, ni se repiten, ni dependen en gran parte de la voluntad humana. La historia de la filosofía no vuelve atrás, como no vuelve ninguna historia; pero á través de

las formas pasajeras y mudables, el espíritu permanece, y Platón y Aristóteles son tan eternos como la conciencia humana.

Malos vientos parece que corren hoy para el idealismo de Platón y aun para todo idealismo, pero puede preverse casi con certidumbre que estas nubes se disiparán mañana. Es cierto que ha pasado el tiempo de los jefes de escuela, y ninguno de los rarísimos que aparecen puede pretender una dominación que no sea muy efímera. Las consecuencias del hegelianismo, el mayor esfuerzo metafísico de nuestro siglo, quedan y se disciplinan en toda la ciencia alemana, aun en los espíritus que más rechazan tal filiación; pero el hegelianismo, como sistema, ha dejado de existir hace muchos años. La moral del pesimismo, ó más bien la parte crítica y negativa que esta moral entraña, influye en Alemania, aunque menos que en los países eslavos, donde la favorecen el malestar social y el genio de la raza; pero la metafísica del pesimismo, hondamente quebrantada por los aditamentos y retoques que en ella hizo Hartmann, pasa más bien por objeto de ociosa especulación que por materia de fundamental estudio. Por un lado la ausencia de metafísicos de primer orden, y por otro el prodigioso desarrollo de los estudios críticos y de las ciencias históricas, verdadera gloria de la Alemania moderna, hace que muchos estudien la filosofía

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

como una especie de literatura, como un objeto de investigación y de curiosidad erudita, como una rama de la arqueología y de la filología, ciencias que hoy reinan en aquellas universidades con imperio casi despótico. Con esta forma, la más elevada y noble del espíritu crítico, alterna el positivismo de las escuelas experimentales, cuya expresión, por lo tocante á los estudios filosóficos, son la *psico-física* y la *psico-matemática*. El laboratorio de Wundt ha reemplazado á la cátedra de Schelling, y hoy se comenta la ley de Fechner con el mismo calor que hace cuarenta años las evoluciones de lo absoluto. En suma: el realismo, el pesimismo, el positivismo, el materialismo, el empirismo en todas sus formas, el criticismo y el escepticismo, han contribuído juntos ó aislados á difundir en la atmósfera de las escuelas un marcadísimo desdén hacia la filosofía pura. Los excesos del idealismo fantástico é intemperante no podían menos de traer esta reacción, la cual desgraciadamente ha ido tan lejos, que está solicitando ya otra en sentido contrario. Lo particular, lo individual, lo infinitamente pequeño, lo accidental y fortuito, se ha sobrepuesto en tales términos á lo general, á lo trascendental y á lo absoluto: ha llegado á tal desmenuzamiento el trabajo intelectual: han triunfado de tal modo las monografías sobre las síntesis, que en vez de la luz, comienza

á producirse el caos, á fuerza de amontonar sin término, y á veces sin plan, hechos, detalles, observaciones y experiencias.

Y esa reacción ha venido, ó comienza á venir por lo menos. La humanidad está condenada á plagiarse siempre y á ser siempre distinta. Síntomas observados en las escuelas y en los medios filosóficos más diversos, nos indican en aquellos pensadores que serán gloria más indiscutible de nuestra edad, un hastío creciente del puro empirismo y del puro criticismo, y una tendencia á volver á la afirmación metafísica más ó menos disimulada; y observadlo, esa afirmación, cuanto más se aclara, más próxima parece al armonismo, más semejanzas íntimas presenta con la solución adivinada por Leibnitz, y antes que por Leibnitz por Fox Morcillo. Hasta el mismo Lange, en su *Historia del materialismo*, reconoce la necesidad que el hombre tiene de completar la realidad por un mundo ideal, «donde nuestro yo reconoce la verdadera patria de su ser íntimo, mientras que el mundo de los átomos y de las vibraciones le parece extraño y frío», y, á pesar del punto de vista subjetivo y estrecho, propio de su filosofía, y de la notable influencia que en él ejercen el mecanismo y el determinismo, no deja de hacer graves afirmaciones en favor de lo que él llama una *libre síntesis del espíritu*. Aun de las filas del nominalismo más

intransigente han salido singulares concesiones. Stuart-Mill murió afirmando que el modo positivo de pensar no implica la negación de lo absoluto ni de lo sobrenatural. Pasó el *idealismo* de Hegel, pasó el realismo de Herbart, y en la profundísima tentativa de Lotze (1879) vemos levantarse triunfante el *realismo-idealista*, á cuya sombra empiezan á congregarse numerosos partidarios. Lo que Lotze ensaya no es una construcción del mundo por medio de la *idea*, sino una interpretación *regresiva* que intenta referir á un origen incógnito el conjunto de los hechos observados y reconocidos, haciendo converger nuestros pensamientos al centro del mundo. Hasta los antiguos hegelianos transigen: un discípulo de Rosenkranz, el sabio estético Max Schasler, levanta también la bandera del *Real-Idealismus* y trata de combinar la dialéctica de Hegel con el método experimental é inductivo, que pone al espíritu en comunicación directa con la realidad. En Francia, el vigoroso entendimiento de Ravaisson, espiritualista independiente, que siempre ha marchado solo y con grandes bríos por el camino de la especulación más ardua, aspira á reconciliar la ciencia positiva con la metafísica tradicional, en su expresión más castiza y sistemática, en la metafísica de Aristóteles, é intenta llegar á la noción de lo absoluto, no por una síntesis dialéctica, sino por

una síntesis psicológica, por una conciencia inmediata de nuestra naturaleza íntima, de nuestra personalidad imperfecta y relativa, que reclama por su misma imperfección lo absoluto de la perfecta personalidad, que es la sabiduría y el amor infinitos. De este modo la Metafísica brota de las entrañas de la Psicología, y al mismo tiempo la explica y le da su razón última por analogía trascendental. Dios sirve para entender el alma, y el alma para entender la naturaleza, porque según la profunda sentencia de Aristóteles, *el alma es el lugar de todas las formas*, y según la no menos profunda de Leibnitz, «el cuerpo es un espíritu momentáneo, una dispersión ó refracción del espíritu». Sin llegar á tales extremos de misticismo y de espiritualismo (por no decir de *acosmismo*), la prudentísima escuela escocesa, enriquecida y transformada en sus postreras evoluciones por la poderosa dialéctica de William Hamilton y el sutil análisis de Mánsel, salva el abismo de la crítica kantiana, admitiendo una primitiva *unidad sintética de la conciencia*, y dentro de ella encuentra y legitima en nombre de las mismas limitaciones del conocimiento, la afirmación de lo necesario y de lo *incondicionado*.

¡Quién sabe lo que puede esperarse mañana de estas direcciones fecundísimas! ¡Felices vosotros (jóvenes alumnos que me escucháis), fe-

lices si llegáis á ver en pleno desarrollo esa planta del *idealismo realista*, cuyo germen está escondido en nuestro suelo bajo la espesa capa que tantos años de decadencia han amontonado; felices si, al realizarse la evolución metafísica, que ya por todas partes, aunque de un modo vago, se presiente, alcanzáis de la realidad un concepto más amplio é ideal que el que nosotros hemos logrado!

HE DICHO.



II.

DE LOS ORÍGENES
DE
CRITICISMO Y DEL ESCEPTICISMO,
Y ESPECIALMENTE DE LOS
PRECURSORES ESPAÑOLES DE KANT.

DISCURSO DE RECEPCIÓN
EN LA ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

EL DÍA 15 DE MAYO DE 1891.